



Manantiales

Sucia realidad en *La noche sin nombre*¹ de Hiram Ruvalcaba

Ramón Moreno Rodríguez
CUS Universidad de Guadalajara

En este volumen, ganador del Premio Nacional de Cuento Joven, Comala 2018, Hiram Ruvalcaba (de Ciudad Guzmán, Jalisco, 1988) reunió nueve afortunados textos. Todos ellos están marcados por los signos de la muerte y la violencia. También todos ellos, excepto uno (“Amar de verdad”), tienen como protagonista a un hombre joven y despistado. Más cosas les dan unidad y una sólida trabazón a estos cuentos, como la ambientación de la mayoría en una mítica población llamada Tlayolan (trasunto de Ciudad Guzmán), la alusión a una geografía reconocible para el lector del sur de Jalisco o del norte de Colima, la sencillez del lenguaje, el pesimismo y otras más. En estas breves líneas centraremos nuestra atención en otro denominador común de estos cuentos, el llamado Realismo Sucio.

Cuando en el ámbito hispánico de la literatura primaba la moda del Realismo Mágico (incluidos sus heterónimos como Barroco de Indias, Real Maravilloso, *Boom*, Nueva Narrativa Hispanoamericana) en el contexto de la cultura norteamericana se desarrollaba una prosa de signo muy diverso, cuyas raíces se encuentran, quizá, en

1 Ruvalcaba, I. (2019). *La noche sin nombre*, México: Feta / Secretaría de Cultura. pp.113.



ese lenguaje sencillo y directo, de raigambre periodístico, que acuñó Truman Capote. Muchos fueron sus derivados; sin duda, la prosa desenfadada y cínica de Charls Bukowsky (EU, 1920) es uno de esos productos. Una vez concluida la potente ola del *Boom* Latinoamericano, muchas formas contestatarias surgieron en otros países como alternativas a tal canon, una de ellas es la literatura basura de los años ochenta y noventa del pasado siglo (Xavier Velasco, Guillermo Fadanelli) y más recientemente lo que se ha dado en llamar Realismo Sucio. Estoy convencido que de esta forja surgieron los cuentos de Ruvalcaba que nos ocupan; a continuación trataré de explicar por qué opino de tal manera.

Entendemos por Realismo Sucio una prosa desencantada del Realismo Mágico que, frente al exceso, opone la sencillez; frente a lo poético, lo prosaico. Estos dos elementos (sencillez y prosaísmo) son las bases estilísticas de los nueve cuentos que ahora comentamos. Nada extraordinario encontrará el lector aquí: celos, temor, manipulación, crimen, abuso; en fin, la provincia y el mundo rural en su expresión más cruda; no obstante, muy lejos están estos cuentos del Regionalismo decimonónico que, desde una moral puritana y conservadora, nos planteó la violencia del mundo rural latinoamericano. Muy lejos está de la intención del autor dar lecciones morales a quien lee. También, lejos de las intenciones de Ruvalcaba está el cinismo de Bukowski, por lo contrario, se preocupa por el trasunto moral de la violencia, pero no para hacer alarde de ella o sermonear al lector, sino para fijar una línea divisoria por la que tienen que caminar los juicios morales de quien lee, como un funambulista lo hace por la cuerda floja. No importa a donde se llegue, lo determinante es el peligro inminente a cada paso que se da. Un ejemplo me bastará, creo, para dejar claro lo que quiero decir.

“Paseo nocturno” nos narra los encuentros furtivos de dos amantes (ella casada con un tercer hombre; él, un joven torpe y soltero). Sin proponérselo, en la oscuridad del camino al que van a esconder las infidencias de ella, se cruza un peatón al que no ven en las penumbras y lo atropellan. Ella no tiene duda alguna, su estabilidad matrimonial, entre otras cosas, le dicta claramente lo que tiene que hacer; el conflicto es para él (Julián) quien se niega a dejar

desamparado al moribundo —que no ven pero saben que está ahí, bajo las ruedas del auto.

¿Qué hacer? Sin duda, la decisión que tomen es un problema. Elegir es equivocarse, y no se puede no elegir en tales circunstancias. Pero no es el juicio moral lo que importa en esta cuidadosa prosa, sino en la plasmación de la adrenalina, la confusión, la incertidumbre. Todo ello es la cuerda floja por donde el lector tiene que transitar. Percibir la violencia que sufren o hacen sufrir unos personajes a otros es la preocupación principal de nuestro autor, lo que opinemos moralmente es segundo término.

Psique y relato negro son los ingredientes constitutivos de esta prosa sin grasa. El estrés, el picor en el vientre que causa la angustia, la tortura mental del abusado, el suplicio de tener que tomar una decisión peligrosa pero inevitable, paraliza a los personajes y es ese estado de ánimo lo que intenta captar el autor y transmitirlo al lector. A final de cuentas, quien tiene que decidir es el que lee, no el personaje.

Lo mismo sucede en otros cuentos, como el de “Algo huele mal”, donde al protagonista una fuerte disentería lo obliga a entrar precipitadamente a unos baños públicos. No ha terminado de aliviar su vientre cuando escucha al lado una riña de narcotraficantes. Es un vulgar ajuste de cuentas. Los sicarios ultiman en el retrete de al lado a un contrincante. El azar y los malos olores delatan al enfermo. Los asesinos se burlan del enfermo. El haber sido testigo del asesinato implica tener que pagar una alta cuota: deberá descuartizar al sicario muerto si no quiere terminar sus días y sus malestares estomacales, en unos instantes, acribillado por las balas.

La reflexión obligada del lector es, ¿qué elegir?, ¿podemos elegir lo que nos sucede? Sin duda no podemos determinar lo que nos suceda cotidianamente, pero sí podemos decidir lo que haremos en consecuencia. Frente al hecho al que se ve violentamente arrojado el protagonista del cuento sólo hay dos opciones: enfrentar a los sicarios o tratar de huir cobardemente. El lector deberá decidir qué es, no lo mejor, sino lo dable, lo factual.

Otro dilema moral se le plantea a Abelino, protagonista del cuento “Chiqueros”, quien deberá vengarse —por orden de su autoritario padre— de unos policías que lo han violentado majadera e injustificadamente; la hipersensibilidad del protagonista de este



relato no le permite actuar como su padre quisiera, aunque es consciente de que en realidad su progenitor tiene razón; el problema para Abelino es responder violencia con violencia. Digamos que una de las dicotomías que tiene que enfrentar el lector radica en qué violencia es más dañina para el personaje: si la de los policías o la del padre. Finalmente, el joven deberá tomar una decisión, sólo el lector sabrá lo que es correcto.

Mencionemos, para concluir, el caso del protagonista del cuento "Los nombres del mar". En este caso un joven bañista acude a las playas de Miramar con la intención de pasar un agradable fin de semana familiar; lo acompaña un sobrino pequeño. La aprensiva madre ha insistido una y otra vez al amable y distraído hermano que no deje solo al niño ni que éste acuda sin compañía a darse un baño. El protagonista cumple mal la encomienda; cuando menos lo espera, el muchachito ha desaparecido entre los muchos bañistas que pueblan la playa. Todo el relato se ha de resolver en una angustiada búsqueda. En este caso el conflicto del personaje consiste en cómo regresar a la ciudad y dar la mala noticia a su hermana. O quizá no, quizá no dar noticia alguna, porque entre la novedad de dos muertes, no sea necesario ni posible explicar nada. El lector deberá pensar qué es lo mejor que debería hacer el protagonista: dar rienda suelta al dolor que compartirá con la hermana o no sufrir más suicidándose. No obstante hay una grieta en la realidad; es posible que el niño, el accidente, el extraño no exista, sino todo sea un estado alucinado de quien protagoniza lo hechos. Psicosis en estado puro.

Estas difíciles situaciones que enfrentan los personajes son re-matadas por una prosa que hace gala de sus sencillez y no pocas veces de la violencia que se narra; expresiones como "luchaba con todas mis fuerzas para evitar que algún pedo traidor saliera de mi cuerpo"(p.103) enfrenta brutalmente al lector a los hechos, pero al mismo tiempo, como antítesis y paralelismo entre lo prosaico y lo literario, se acompañan estas narraciones de no pocas y afortunadas imágenes como "la oscuridad inflamaba los árboles"(p. 89).

Si el lector quiere ver un retrato de sí mismo, no debe dudar en leer este sustancioso libro; de los resultados de ello sólo será responsable quien pase las páginas con morbosa fruición; lo demás, es la sucia realidad.